Siete retratos





Una campaña de fomento
a la lectura de la Secretaría
de Cultura, Recreación y Deporte
y el Instituto Distrital
de las Artes – Idartes

Este ejemplar de *Libro al Viento* es un bien público. Después de leerlo permita que circule entre los demás lectores.



Siete retratos

Ximénez

Alcaldía Mayor de Bogotá
Enrique Peñalosa Londoño, Alcalde Mayor de Bogotá

Secretaría Distrital de Cultura, Recreación y Deporte
María Claudia López Sorzano, Secretaria de Cultura, Recreación y Deporte
Ana Roda Fornaguera, Directora de Lectura y Bibliotecas

Instituto Distrital de las Artes – Idartes
Juan Angel, Director General
Bertha Quintero Medina, Subdirectora de las Artes
Alejandro Flórez Aguirre, Gerente de Literatura
Mariana Jaramillo Fonseca, Alexander Caro Villanueva, Lucano Tafur Sequera, Ricardo Ruiz Roa, Carlos Ramírez Pérez, Equipo del Área de Literatura

Secretaría de Educación del Distrito
María Victoria Angulo González, Secretaria de Educación
Iván Darío Gómez Castaño, Subsecretario de Calidad y Pertinencia
Germán Arturo Cabrera Sicachá, Director de Preescolar y Básica
Jerónima Sandino Ceballos, Directora de Ciencias, Tecnologías y Medios Educativos
Rocío Olarte, Jefe de Comunicaciones

Cámara Colombiana del Libro
Enrique González Villa, Presidente Ejecutivo
Pedro Rapoula, Coordinador de Ferias

Primera edición: Bogotá, julio de 2016

Imágenes: carátula: detalle de «El mirador», Paseo Bolívar, Bogotá, foto de Gumersindo Cuéllar Jiménez, ca. 1930, Fondo Banco de la República; ilustraciones interiores tomadas de: ClipArt etc, http://etc.usf.edu

www.idartes.gov.co

ISBN 978-958-8898-66-7 (impreso)
ISBN 978-958-8898-67-4 (epub)

Edición: Antonio García Ángel
Diseño + diagramación: Óscar Pinto Siabatto
Producción eBook: eLibros Editorial

Contenido

Cubierta

Libro al viento

Portada

Créditos

XIMÉNEZ
por *Antonio García Ángel*

LA INFANCIA, JUVENTUD Y AVENTURAS
DEL GRAN HAMPÓN «SR. MEDIABOLA»

DOÑA JESUSITA GONZÁLVEZ

LAS GAFAS, LAS MANGAS
Y EL DESEMPLEO

RELATO DEL HOMBRE QUE ASESINÓ

EDILBERTO ÁVILA, UNA VÍCTIMA
DEL PRONOMBRE «NOS»

JUAN ARANA TORROL, ENVIADO CELESTIAL

VULGAR Y SENTIMENTAL HISTORIA
DE LA HAMPONA BÁRBARA JIMÉNEZ



Ximénez en El Chico, restaurante del Greenwich Village de Nueva York. De izquierda a derecha le acompañan Bradley Kelly (director de arte cómico del King Features Syndicate), Lee Falk (dibujante de comics) y Joseph V. Connoly (presidente del King Features Syndicate y de su servicio internacional de noticias). 17 de agosto de 1943. Archivo de José Joaquín Jiménez Muñoz. Fotos: Archivo familias Jiménez Muñoz y Jiménez Cortázar

Ximénez

José Joaquín Jiménez –o simplemente Ximénez, el nombre con el que firmó sus textos más emblemáticos– es, junto con Ismael Enrique Arenas, Felipe González Toledo y Rafael Eslava, uno de los cuatro grandes de la crónica roja entre los años treinta y cuarenta del siglo XX en Colombia.

Ellos hicieron parte de una camada de cronistas –o *reporters*, como a la sazón eran llamados–, que surgió en medio de una profunda modernización de la prensa nacional. Los periódicos pasaron de ser producidos con técnicas rudimentarias, incluso podríamos decir artesanales, a tener procesos industrializados, y en esa transición de la imprenta a la rotativa también evolucionó el enfoque de la prensa y el manejo de la información. Hasta finales del siglo XIX las publicaciones periódicas eran meros instrumentos de difusión de las ideas partidistas, liberales o conservadoras según la filiación de sus dueños, pero el crecimiento de Bogotá dio paso a un público de masas que posibilitó el crecimiento del mercado, y así los propietarios y editores, además de defender sus idearios políticos, fueron orientando sus periódicos y revistas hacia el éxito comercial. A lo largo de las tres primeras décadas del siglo XX se fue diferenciando gradualmente la opinión y la información, y también fueron abriéndose campo dos pilares fundamentales del periodismo: la objetividad y la independencia. La guerra por el mercado entre Pulitzer y Hearst, los dos magnates de la prensa norteamericana, había impulsado la búsqueda de caminos nuevos a través de un periodismo en el que destacaba el factor humano y el manejo de la información como un producto comercial. Esa revolución tuvo sus efectos en nuestro país, pues posibilitó, además del surgimiento de tabloides sensacionalistas como *El Mundo al Día*, la inclusión de la crónica roja en las tres principales publicaciones periódicas colombianas: *El Tiempo*, *El Espectador* y la revista *Cromos*.

José Joaquín Jiménez nació el 19 de enero de 1911, fue el segundo hijo de la pareja conformada por Rafael Jiménez Triana y María Antonia García

Ortiz. Antes de José Joaquín había nacido Rafael, luego de él vinieron sus hermanas menores Elvira e Isabel. En 1921 a su padre lo nombraron intendente del archipiélago San Andrés y se llevó a José Joaquín como único acompañante. Allá el futuro cronista aprendió a nadar en el mar y a hablar en inglés caribeño. La mala fortuna hizo que su padre muriera durante un viaje a Providencia por complicaciones de diabetes. El joven José Joaquín debió enterrarlo al pie de un árbol y regresar a Bogotá para recomponer su vida al lado de su madre y sus hermanos. Pronto interrumpió sus estudios de bachillerato y entró a trabajar en la Imprenta Nacional, pero a los cinco meses lo echaron porque estaba robándose los tipos para montar una imprenta casera e imprimir sus propios poemas.

De la misma manera que sucedió en otras latitudes con escritores contemporáneos suyos como Raymond Chandler y Bohumil Hrabal, y como sucedería luego con Roberto Bolaño y Pedro Juan Gutiérrez, a partir de ese momento empieza una serie de variados oficios y errancias que edificarían su mitología y lo harían atractivo a los biógrafos: ayudante de un congresista en Bogotá, carpintero en Puerto Liévano, celador en un pueblo del Atlántico llamado Ponedera, ayudante de cocina en el vapor Orinoco, vendedor de helados en Colón, lavaplatos en Barranquilla y secretario del gobierno intendencial en San Andrés, adonde fue a parar tras los pasos de su padre. Su aventura insular duró apenas seis meses, pero antes de regresar a Bogotá fue peón de finca, arreador de ganado y vendedor de cachivaches en los Llanos Orientales.

En 1932, diferencias limítrofes en la Amazonía hicieron estallar la guerra colombo peruana. José Joaquín compuso un joropo en el que invitaba a los jóvenes colombianos a movilizarse hasta Leticia y defender la patria. El *Joropo del voluntario* fue reproducido en *El Mundo al Día* el 22 de octubre de 1932 y poco después apareció en las páginas editoriales de *El Tiempo* con otra firma. El incipiente vate fue hasta el periódico para reclamar por el plagio a su codirector, Enrique Santos Montejo, más conocido como Calibán, quien terminó ofreciéndole trabajo como corrector. De allí saltó a cubrir las sesiones de la Asamblea de Cundinamarca y poco después apareció su primera crónica roja, *Una escena de Chicago en pleno centro de la ciudad*, acerca de una pandilla de malhechores que había sido capturada en flagrancia cerca del almacén de paños de José B. González, en la calle 17 con carrera octava.

Así dio comienzo una de las más fulgurantes carreras del periodismo colombiano. No tardó el debutante cronista en suprimir su nombre de pila y cambiar la J por la X en su apellido, para que su firma se volviera toda una institución a medida que salían de su pluma aquellas historias de calles, antros y arrabales, de hampones, suicidas, prostitutas y gente del común. Con una prosa que bebía del folletín y la picaresca, y una gran dosis de ficción –algo impensable para los cánones de veracidad que rigen al periodismo actual–, Ximénez se puso a la cabeza de los cronistas de la época.

Aún hoy, gracias al trabajo de Juan José Hoyos, José Luis Novoa y Óscar Escamilla, las recopilaciones periodísticas de Daniel Samper Pizano, los estudios académicos de Andrés Vergara Aguirre y la novela *Ximénez*, de Andrés Ospina, José Joaquín Jiménez se mantiene tan vigente como aquella noche del 6 de febrero de 1946 en la que un resfriado que degeneró en neumonía ocasionó su temprana muerte.

A continuación seleccionamos estos *Siete retratos* de José Joaquín Jiménez para nuestro Libro al Viento 117, como una muestra de la aguda, grácil e imaginativa pluma de este cronista imprescindible para entender nuestro periodismo y la Bogotá de ese entonces.

ANTONIO GARCÍA ÁNGEL

BIBLIOGRAFÍA

JIMÉNEZ, José Joaquín, *Crónicas*, Biblioteca Popular de Cultura Colombiana, Bogotá, s.f.

JIMÉNEZ, José Joaquín, *Las famosas crónicas de Ximénez*, prólogo de Juan José Hoyos. Planeta, Bogotá, 1996.

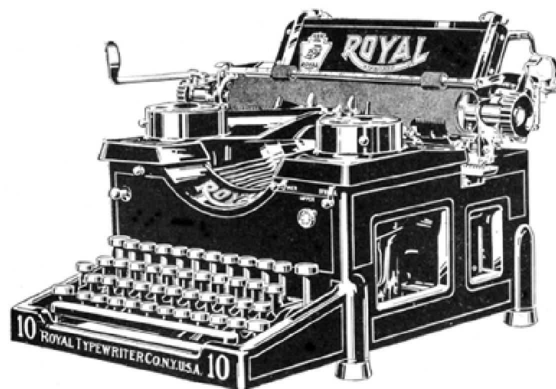
NOVOA, José Luis y ESCAMILLA, Óscar, «Reportero X» en revista *Gatopardo* #40 (Bogotá), octubre de 2003. Págs. 60-66, 162-166.

OSPINA, Andrés, *Ximénez*, Editorial Laguna, Bogotá, 2013.

VERGARA AGUIRRE, Andrés, *Historia del arrabal: los bajos fondos bogotanos en los cronistas Ximénez y Osorio Lizarazo, 1924-1946.* Editorial Universidad de Antioquia, Medellín, 2014.

Siete retratos

Ximénez





La infancia, juventud y aventuras del gran hampón «Sr. Mediabola»

El pueblo tenía una iglesia humilde y sencilla, cuya blanca torre destacaba contra el claro horizonte. A lo lejos, la cordillera ponía cintas azules de distancia. Las campiñas tenían un verde enternecedor y cándido que las alborozaba, y había un río rumoroso, cuyas aguas cristalinas seguían su curso, decididamente, hacia abajo.

En el pueblo había varios personajes. Don Matías, el coronel de la guerra, anciano de largas barbas, de largas piernas, de largas manos y lengua larga. Don Antonio, el abogado que daba dinero a interés y colocaba hipotecas. Doña Casimira, la dueña de la botillería, y la señora Paca, la de la venta de carbón y legumbres, madre de nuestro amigo Mediabola.

* * *

El niño se crió en el saludable ambiente campesino. Se amamantó de excelente leche de vaca negra. Corrió por los potreros. Cazó mariposas y lagartos. Fue acólito y «chico de coro». Por la semana santa, su dulce voz de soprano entonaba las alabanzas del Señor. Fue a la escuela. Ganó varios premios de geografía. No aprendió ni a leer ni a escribir. Se la pasaba pintando monitos en la pizarra y tirando bodoques a sus compañeros.

Por Navidad iban al pueblo los veraneantes de la capital. Llegaban vestidos de trajes claros; blancos y sonrosados; alegres y juguetones. Las niñas usaban alpargatas y, sin nada de malicia, regalaban los ojos con la contemplación de sus blancas pantorrillas. Los niños vestían *sweaters*, *knickers*, *breeches*, bufandas y medias de *sport*.

* * *

Mediabola, pequeño, los veía pasar envidioso, untado de carbón y de gordana. Piojoso, andrajoso, hambreado. Y se entretenía pensando en que algún día, un buen día, el Niño Dios le traería todo un armario lleno de preciosos trajes de nombres difíciles, grises, coloraditos, abrigados y limpitos. Entre tanto jugaba con sus compañeros del pueblo, los hijos del sacristán, los del maestro, los Rodríguez y los Amézquitas, a las bolas, al pite y al toque y jeme.

A los ocho años de su edad el rencor se le hizo imposible, y la grave inquietud, extraña e inexplicable que lo movía, comenzó a trajinarle el cerebro. La señora Paca consultó con el cura y el notario. El chico tenía mala entraña. Se le veía en los ojos rasgados; en las pupilas ladinas, en el mentón voluntarioso, en el pelo grueso, ralo y lacio que le ponía sobre la cabeza una gorra de púas.

* * *

El cura llamó a Mediabola el pequeño. Lo llevó a su despacho y le hizo graves reflexiones sobre el infierno y el dolor del buen Dios por los pecados de los hombres; le refirió e1 cuento del niño malo, que yendo una vez por un camino, se topó con un cerdo grande y rojo, que era el Patas y que se tragó al niño de un solo bocado. Le refirió cómo Jesucristo amaba a los niños buenos. A los que aprendían a leer y a escribir. A los que iban a misa y no mataban a los pajarillos inocentes con las ametralladoras elásticas de sus flechas, a aquellos que tenían el ángel de la guarda muy cerquita y junto con el ángel de la guarda, un corazón ingenuo, una sonrisa clara, unos ojazos luminosos.

El notario le habló a Mediabola de distintas cuestiones. Le amenazó con zurrarlo, por recomendación especial de doña Paca. Mediabola entonces reflexionó. Vio el horizonte. El verde de las campiñas. El oro natural de los trigales; el blanco rumoroso del riachuelo y se fue por el mundo, por un camino angosto, por una veredita campesina, que lo condujo a la ciudad. Mediabola tenía 12 años.

* * *

La ciudad tenía muchas torres, gruesas, obesas, tiesas y pedantes, que se encaramaban sobre el paisaje y mostraban sus cruces y veletas. La ciudad tenía un tráfico horrendo. Tenía mujeres bien vestidas. Todo esto era como

en los meses de veraneo en el pueblo. Mediabola fue a la plaza de mercado. Se alimentó de desperdicios y cosillas. Compró un lazo y cargó canastos y cestas de las señoras que hacían compras. Ingresó a la pandilla de los desharrapados. Dormía en los umbrales, cubierto de pedazos de periódico y tiras de anuncios. Y una vez (todo en la vida de este hombre fue una vez), sintió hambre y robó un pan en una tienda.

* * *

La dueña de la tienda –qué tienda, con su estantería barnizada, sus botellas limpias, sus potes de dulces, de atún, de sardinas y salmón, sus cazuelas de arequipe y jalea– odiaba al niño Mediabola porque el niño no se santiguaba cuando las campanas de la iglesia vecina daban el grito del Ángelus. Y la dueña de la tienda, además, que era amiga de policías y funcionarios, denunció a Mediabola.

* * *

Con el policial fue al juzgado permanente. Allí lloró, pataleó y por último, escupió al juez en la cara. El escándalo fue mayúsculo. Atentado semejante no se vio en ninguna época. Mediabola sufrió una «lavada» a las tres de la mañana, en la pileta del cuartel. Mediabola tenía que limpiar y asear las infecciosas cloacas de los calabozos. Horrible, flaco, casi tísico, hambreado y feroz, los policiales lo maltrataban y ninguno le tuvo amor.

Días después, fue al juzgado de menores. El médico del juzgado le midió la cabeza y lo clasificó entre los criminales natos. El escribiente del juzgado le clavó un alfiler en las posaderas para ver si tenía sensibilidad. El juez lo golpeó de lo lindo. El chico que vendía café en el juzgado le regaló un pocillo de tinto con sal.

Por la Avenida Colón, acompañado del sargento, bajó a Paiba. Estaba condenado a dos años, por vagancia, ratería, criminalidad nata, insolencia y ferocidad.

En el reformatorio, que se llamaba en la jerigonza «Universidad de Pavía», había hasta 200 reclusos, de 7 a 15 años. Todos tenían sus cabezas rapadas. Andaban descalzos. Flacos y largos. Los niños pequeños crecían espantablemente, entre la inmensidad de los ropones del uniforme. A cada niño le correspondía un porcentaje de 2.345 piojos voraces, que eran los verdaderos huéspedes del reformatorio. A cada niño le correspondían tres

raciones diarias: dos de bazofia, carne podrida y papas de semilla, y una agua de panela y mogolla.

Se levantaban a las cinco, alborotados por el alarido de un trozo de riel que golpeaba uno de los guardianes. Entre el frío de la madrugada, se percibían, lejanamente, los ruidos de la ciudad que comenzaba a despertarse. Dejaban los camastros, sucios e infectos, y formaban, en el dormitorio, dos filas de a dos en fondo.

El guardián pasaba revista con su varita de rosa en la mano. Y zurraba a los niños que no tenían los ojos bien abiertos o que se metían las manos entre la piel y los camisones en busca de los piojos.

Luego, todos salían al patio. El patio tenía una fuente en el centro. De la fuente manaba un agua helada y puerca. Los niños «formales» (soplones) tenían el encargo de llenar de agua unos cubos de hojalata. Y vertían el contenido de los cubos sobre las cabezas de los reclusos para espantarles el sueño y los malos pensamientos y, a la vez, para asearlos. Cuando había «pique» entre el soplón y el recluso, el soplón se equivocaba y en lugar de verter agua sobre la cabeza, la vertía sobre el cuerpo. El ropón se mojaba. El recluso tiritaba y duraba mojado todo el día.

* * *

Se iba luego a la misa. En la misa era necesario rezar en alta voz y con un sonsonete especial y molesto. Había obligación de comulgar. Todos los niños se tragaban a Dios y el que no comulgaba no recibía doble ración de panela. Terminada la misa, salían al patio. En el patio se servía el desayuno –agua de panela y mogolla–, y luego comenzaban las tareas. A la zapatería; a la huerta; a la carpintería; al «fique» y a las «capelladas».

A las once se hacía el almuerzo. Bazofia, carne podrida, semillas de papas. Los sábados, garbanzos; los lunes, habas secas. Recreo, y nueva tarea, hasta las cinco. Comida a esta hora. Recreo de diez minutos y, después, subir a los dormitorios y dejarse devorar de los piojos durante 11 horas continuas.

Emiliano «El Largo», tres veces reincidente, llegaba al reformatorio vestido de traje de paño y calzado. Ya tenía sus conocidos y ejercía, sobre la mayoría de los reclusos, una influencia visible y aplastante. Emiliano, por su última picardía condenado a dos años, decidió fugarse. Y convenció a Mediabola pequeño de la conveniencia de acompañarlo en aquella aventura.

Mediabola, en este punto, tenía trece años. Había crecido. Sus ojos ladinos no miraban de frente. Se dejaba castigar inmutable. No comulgaba. De puro malo, en la iglesia, cuando se rezaban las letanías con el runrún del «obis-obis pronobis», decía «abas, abas, pronabas», con su voz de tiple. Y la hermana y el cura pasaban saliva de la rabia.

En el tramo norte de la cárcel había un hueco tapado con barro pisado. Por allí se fugaron, dos años antes, siete reclusos. Emiliano y Mediabola escogieron aquel sitio para ganar la libertad. El uno con un «chuzo» y el otro con un barretón, rompieron el barro pisado, agrandaron el agujero. A la una de la mañana del viernes 14 de mayo de 1922, se salieron del dormitorio. Bajaron la escalerilla de madera. Llegaron al agujero. Se colaron. Pero antes de salir Mediabola escupió duro, y lo oyó un perro. Y el perro ladró. Y los guardianes se despertaron. Y los persiguieron. Y los cogieron, cuatro cuadras adelante, llegando al barrio Ricaurte.

* * *

Todo el penal se alborotó. Sonó el riel su estridente alarido. Los guardianes y los perros aullaron. La luna, clara en el cielo estrellado, parecía una arepa antioqueña.

Emiliano y Mediabola fueron reintegrados a la cárcel. Eran las tres de la madrugada. Se les empelotó. Se les bañó con agua fría, puerca, pestilente. Desnudos, fueron azotados y golpeados con los calibres. Los «calibrazos» les dejaban botones morados sobre las costillas y las piernas. El pavor se confundió en el silencio de la madrugada. Sonó otra vez, reglamentario, el grito del riel. Aquel mes no hubo desayuno. Se les vistió de «chircates». Les amarraron al pescuezo unas cadenas soldadas que tenían unas cifras. Estaban al nivel de los perros.

* * *

Olvidada la fuga, dos meses después Mediabola fue destinado a la cocina. Mondaba papas, cortaba carnes y cocía bazofia. Por aquella época el futuro hampón famoso hizo varias picardías. Se iba, a hurtadillas, a la huerta y recogía «chisas». Luego regresaba a la cocina. Escogía las papas grandes de la ración de los guardianes, y les hacía hábilmente un agujero, dentro del cual metía una «chisa».

Los guardianes se sentaban a la mesa. Tomaban la sopa. Luego el seco. Y al masticar las papas, se tragaban las «chisas». El viejo Gutiérrez, el coronel retirado, de bigotes, jefe de guardianes, falleció a causa de una infección intestinal. Se había tragado 45 «chisas» suministradas, maliciosamente, por el niño Mediabola.

* * *

Pasados los dos años de la condena, Mediabola salió a la calle. La calle era un mundo. Un mundo con hambre, con desnudez, con frío. La calle, toda ella, de arriba abajo tenía tiendas, y en las tiendas había cosas que se podían robar.

Mediabola formó varias pandillas que se denominaron «las pandillas de los niños peligrosos». Hurtaban quesos, panelas y comestibles. Luego, progresando el negocio, se recurrió a las tiendas de mercancía. Mediabola estaba ya crecido. Tenía 15 años. Era un ganapán. Reincidió en Paiba 14 veces. Una vez se encontró con que se le habían escapado la infancia y la adolescencia. Era un hombre. Tenía 21 años. Era un ratero; estaba fichado en la oficina de investigación criminal. Era un «malo»; el Ángel de la Guarda lo abandonó para siempre. Era un «perdido»; el cielo azul, la torre blanca, el oro del trigal y el verde encantador de las campiñas se borraron de su imaginación. La señora Paca falleció y le dejó una herencia de cuatro cargas de carbón vegetal, dos cajetas de habas y 15 docenas de botellas vacías.

La primera condena a la colonia –por dos años– igual a la primera condena de Paiba, por el robo de un pan de cinco centavos, se produjo cuando Mediabola fue sorprendido en momentos en que rompía la vitrina de una joyería de la calle 12. La colonia estaba situada en los llanos, Acacías; «dotorgira», en la jerigonza.

Había hasta cuatrocientos facinerosos, de 20 años, de 17 años, de 50 años de edad. Vivían en campamento, cerca a una «mata de monte». Se alimentaban de bazofia y tenían navajas, cuchillos y «chuzos», dispuestos firmemente a insurreccionarse.

Había, además, una tremenda escasez de mujeres. Las cuatro que se empleaban en la cocina estaban monopolizadas por los guardianes. Por las noches, entre el temblor de la canícula, se percibían en los campamentos viscosos traqueteos de inconformidad.

* * *

De nuevo en Bogotá –primero el bachillerato en Paiba; luego el grado de doctor en Acacías–, Mediabola ingresó a la banda de Matasiete, tipo del hampón perfecto y respetable. En la banda de Matasiete había harto «trabajo». Robos en el centro, de primera clase. Contrabando y la guerra con el clan de Rascamuelas, aquel otro famoso capitán de maleantes que vivía en el Paseo Bolívar.

Mediabola había nacido para mandar. Ya tenía 24 años. Era un hombre de pelo en pecho. Con los de su bando iban a las tabernas. Terminado el trabajo, se jugaba al dado. Se bebía aguardiente y cerveza. Se amaba, muy barato, en la calle tercera. Se golpeaba a la policía y se tenían cuchillos, cachiblancos, entre piel y camisa, listos para el ataque.

Matasiete fue muerto. ¿Por quién? ¿Por Mediabola? Apareció, hace años, en una tortuosa calleja de Las Cruces, clavado por detrás con un largo cuchillo. Mediabola, reducido a prisión, fue al panóptico.

Aquello, después del grado en Acacias, era una especialización profesional. Por primera vez vistió el traje a rayas. Conoció al hombre de los 21 asesinatos, que purgaba condena por 67 años y tenía cincuenta de edad. Aprendió zapatería y tuvo conocimientos de encuadernación.

El traje a rayas, para aquí y para allá, era una nueva orientación de su vida. Aún después, libre y sin negocio, Mediabola sabía que estaría vestido, siempre, con un traje a rayas.

* * *

Reorganizado el antiguo clan de Matasiete, Mediabola fue elegido jefe único. Comenzó entonces la lucha de frente. Abocado a 2.000 policiales que prestaban servicio de vigilancia, a 200 detectives que tenían el encargo de perseguirlo, Mediabola se sintió grande, importante persona. Vistió, sobre el traje a rayas, aquellos lujosos de paño que en su infancia envidiara a los niños veraneantes. Se arregló el pelo. Se hizo limar las uñas. Se calzó los dientes y se construyó los dos incisivos superiores de oro puro.

Una vez conoció a Bárbara Jiménez. Bárbara venía del pueblo –todos ellos han venido del pueblo–. Traía el cutis blanco. El cabello negro y sedoso. La boca provocativa y sensual. Los ojos negros. Las pantorrillas suaves y lisas, como las pantorrillas de las niñas veraneantes.

Traía un rencor y una inquietud. Ella tampoco tenía ángel guardián. Y era «mala». Y estuvo en el Buen Pastor. Y robaba y se daba por dinero.

Mediabola amó a Bárbara Jiménez.

Al mirarla a los ojos negros, de un claro color negro, vio un punto blanco, jubiloso y lejano, que le recordaba la torre de la iglesia del pueblo, cuya esbelta silueta destaca contra el horizonte luminoso, circundado por las cintas azules de la cordillera.

Doña Jesusita Gonzálvez

A consecuencia de unas fiebres malignas, doña Jesusita Gonzálvez perdió las piernas a la edad de siete años. En aquella época la terapéutica del serrucho era la más aceptada. Desde entonces doña Jesusita vivió su vida sobre un carrito de dos ruedas. Su cuerpo de niña, el cincuenta por ciento de su humanidad femenina, se arrastraba sobre aquella silla carreteable, con el espaldar muy mullido y una plataforma tapizada para descansar los muñones. El padre de doña Jesusita falleció de «pena moral» al ver convertida a su hija en un andrajo miserable. No obstante, una buena tía, anciana y solterona, recogió a la pobre huérfana. En el pueblo nativo era familiar la silueta de la tía y de doña Jesusita, que en su carrito de dos ruedas, salía de la casona y todas las mañanas iba a la iglesia. Así fueron pasando los años. Murió la tía. Doña Jesusita se hizo adolescente. Luego mujer formada y hembra hecha y derecha. A pesar de su terrible percance, tenía cierta sal, algo de *sex-appeal* que la hacía simpática a todo el mundo. Charlaba animadamente y con mucho gracejo. Impedida para ejercitarse en los juegos y diversiones de las muchachas de su edad, doña Jesusita se entregó de todo corazón a la lectura. En las páginas de las novelas románticas caminaba su imaginación de 20 años, amorosa y suavemente femenina, y se recreaba en ensoñados parajes de dicha y de contento. Dotada de clara inteligencia, doña Jesusita asimiló la mayor parte de sus lecturas. Y al volver a la realidad, ya entrada en los treinta, sólo mostraba un pequeño signo de reconvención a la suerte, que se manifestaba humildemente en la humedad de sus grandes ojos y en la tristeza sonriente de su boca.

Las malas lenguas del pueblo aseguraban que doña Jesusita todos los domingos, después del Ángelus, se iba al cementerio y arrastrándose en su carretica, sollozaba abundantemente sobre la tumba de sus piernas difuntas. En verdad, la pobrecilla gustaba de pasearse por el camino del cementerio, sombreado de valientes eucaliptus y cubierto de arena diminuta y fina. El

sol de la tarde pasaba por entre los ramajes y dibujaba en el senderillo una multitud de figuras caprichosas que doña Jesusita contemplaba pacientemente, deleitándose en ello. Ya de regreso, cundía la sombra. La luna aparecía en el cielo decadentemente azul. Doña Jesusita recordaba pasajes maravillosos de sus novelas. Y se arrastraba en su carrito, lentamente, mientras que muy adentro, en el alma, le lloraba un deseo inconfesable.

Para satisfacer el tiempo y dar ocupación a su tedio, doña Jesusita aprendió a tejer crochet y a hacer encajes. Sus manos finas fabricaban maravillas de primores con la aguja. Los novios del pueblo, en cuanto concertaban las bodas, visitaban a doña Jesu-sita. La novia, ruborizada y mañera, manifestaba en frases arduamente trabajosas los adornos, el color y la «puntada» para el primer traje del bebé. Doña Jesusita escuchaba alborozada todos estos detalles. Apuntábalos en un libretín y anunciaba la fecha de entrega. Luego se ponía a trabajar con todo ardor, con amorosa dedicación. Su alma de buena mujer añoraba febrilmente las delicias de la maternidad. Tejía cariñosamente, poniendo los ojos y el corazón en su obra. Y ya concluida ésta, la adornaba de cintajos y flores, con desvelada perfección.

Los días de verano, dona Jesusita se salía a la plaza y tomaba parte en la tertulia de la señora Remigia, una mujer solterona y chata, dueña de la única tienda de mercancías del pueblo. Concurrían también el estanquero, el señor alcalde, dos o tres conservadores prominentes y el secretario del juzgado, que era siempre un joven forastero, elegante y presumido. Charlábase de política, de religión y de la vida ajena. Doña Jesusita, con su voz tenue, frágil y endeble, intervenía de la manera más oportuna y salada. A veces, en las ferias o en las fiestas de Navidad, se cantaba al son de tiples y guitarras. Doña Jesusita entonaba buenas canciones de su tiempo, desfallecidas y sentimentales, y modulaba cada nota con un dejo de tristeza imperceptible y lánguido, que ponía emoción en los oyentes.

Así pasaron los años. Veíase rodeada doña Jesusita del cariño de todos, porque a todos atendía con su sonrisa, para todos tenía excelentes palabras y era incapaz de hacer mal a nadie. De pronto se sintió cuarentona. Su amargura habíale condecorado las sienes con dos medallitas de nieve. Los ojazos se escondían en la sombrosa oscuridad de las ojeras. Unas cuantas arrugas solemnes le partían la frente. Había fabricado con su aguja camisolitas, gorros y chapines para el ochenta por ciento de la población

moza del municipio. Su carrito traqueteaba ya medio desvencijado. Los chiquillos del pueblo eran sus mejores amigos. Concurrían en pandilla a su habitación del único hotel, y escuchaban de sus labios historias de hadas buenas y genios malos. De príncipes y enamoradas princesas, en las cuales siempre la virtud salía victoriosa. Todas las historias de doña Jesusita acababan en un beso.

Una buena mañana llegó al hotel un hombre extraño, aventurero, andariego y trashumante. Traía en las pupilas una indigestión de paisajes y en un maletín de cartón, colores, brochas y barnices con los cuales había remendado la apariencia de todas las santas imágenes de la república. Nadie como él, según certificados que poseía, sabía mejor cómo convertir a un San Pedro, anticuado y barbudo, en un San Juan nuevecito y apuesto. Su especialidad eran las lágrimas de las Dolorosas y las Tres Buenas Mujeres. Tenía un completo surtido de trajes de la época bíblica, todos elegantes y vistosos. Los señores curas, en cuanto arrimaba su silueta a la plaza central, le encargaban la reconstrucción de todas las viejas estatuas que, en el rincón más descuidado de la sacristía, se hacinaban en una santa y celestial indiferencia.

Entre aquel hombre extraño y loco y doña Jesusita se estableció, desde los primeros momentos, una extensa corriente de simpatía. El artista trotamundos confundió a la buena mujer con la estatua de una santa que hubiese perdido las piernas en cualquier arremetida de herejes. Y halló en su conversación, amena y sencilla, en sus grandes ojos oscuros, en su frente, que era un mapamundi de dulzuras, y en sus manos, castas y acariciantes como el sueño de un niño, algo que se le metió en el magín y le penetró hasta lo recóndito. Nunca, en toda su vida, por todos los caminos que recorriera, en todos los templos en que trabajara, había visto una estampa de mujer tan dolorosamente incompleta. Doña Jesusita, de su lado, comprendió la inquietud del imaginero ambulante, supo adentrarse, por el senderillo suave y tenue de su voz, a sus más inaccesibles habitaciones interiores. Y como consecuencia, llegó la hora en que los dos, el artista y doña Jesusita, se vieron locamente enamorados el uno del otro.

Comenzaron las comadres del pueblo a hacer conjeturas y críticas. En la tienda de doña Remigia notose la ausencia de la baldada. El señor alcalde, picarón, se retorcía el mostacho con mohín insinuante. Doña Remigia, más chata que nunca, deshacíase de envidias. El secretario del juzgado, acicalábase y se ladeaba aún más el sombrero provinciano. Los chiquillos

referían a sus padres cómo doña Jesusita, de algún tiempo a esa parte, se negaba a contarles maravillosas historias y, cómo, si accedía a ello, en la mitad de la narración exhalaba unos suspiros profundos, lánguidos y siniestros que hacían crujir los goznes de su carretica de dos ruedas.

El señor cura, severamente, conversó con el imaginero trotamundos. El artista, en tono un tanto burlón y palabras más que soeces, «mandó a los infiernos» al presbítero, y canceló el contrato de reconstrucción de los santos. Un domingo después de misa corrió la bola. Doña Jesusita y el artista habían desaparecido. Las personas serias reíanse incrédulas. Las comadres vociferaban y se hacían la señal de la Cruz. Finalmente, se constató la verdad de la nueva. Doña Jesusita, en efecto, había desaparecido la noche anterior, juntamente con el artista. Ignorábase la vía que hubiesen tomado. Después de dos o tres semanas de alharacas, otro nuevo suceso, insignificante e ingenuo, remozó la crónica del lugar. No quedaba de doña Jesusita sino una multitud de camisolines y gorras en los armarios de las madres y una orfandad de historias maravillosas en la imaginación de los hijos.

Un año después, alguien que tenía negocios en tierra caliente, hizo el relato increíble. Doña Jesusita y el artista habían contraído matrimonio. Vivían en un pueblecillo de clima medio, por occidente. Doña Jesusita, en un carrito nuevo, se arrastraba sonreída, iba a misa de madrugada y tenía notable clientela para sus tejidos. El artista reconstruyó todas las santas imágenes del municipio. Pintó siete escabrosos paisajes en el salón del cabildo. Decoró la «Quinta» de don Rodulfo, el más rico, y estaba edificando una casita a la salida del lugar, por el camino, toda adornada de frescos en los que aparecían ángeles, Dolorosas, santos y demonios yacentes, en gentil promiscuidad con partidas de ganado y piaras de puercos.

El matrimonio va los domingos al mercado. Él empuja el cochecito y ella, vestida de primores y encajes de su cosecha, saluda atentamente. Él hace las compras y ella regatea. Sobre la almohadilla donde descansan los muñones él ha pintado un San Miguel Arcángel que, con la diestra mano flamígera, empuña una espada cuya punta se introduce en las fauces cavernosas de un dragón.

Las gafas, las mangas y el desempleo

Todo era lo mismo que aquel día, dos años antes, en que recibiera su nombramiento de ayudante del registro municipal. La alcoba, un cuartucho de cinco metros, pugnaba por abandonar la penumbra y recibía una lucecilla tenue de amanecer en las claraboyas de la puerta principal. A la izquierda estaba su cama de pino, con las cuatro colchas, el edredón y tres almohadones. A la derecha, la cama de su mujer, un tanto más curiosa y acicalada. Al fondo, el armario de nogal, con el espejo roto y pintado de florecillas amenas que disimulaban los desperfectos. A la entrada, el tocador con la enorme palangana esmaltada, la jarra azul, su bata de baño y los cepillos de dientes. Todo era lo mismo. Zumbaban las moscas, halagadas por la vecindad de la alcantarilla. La decoración de los muros, cubista, daba vueltas perezosamente. El reloj despertador, sobre el velador, traqueteaba su corazoncillo mecánico y quería estallar. Despertó constipado, con un ácido sabor entre la boca, y en la nariz un cuerpo extraño que lo punzaba caprichosamente. Abrió los ojos y contempló los muros, la cama de su esposa, a su esposa, dormida y resoplante, cuyo cuerpo obeso se dibujaba sobre las frazadas. Miró al reloj: las 6 de la mañana. Se pasó las manos por los cabellos, untados de manteca perfumada. Bostezó. Repitió el bostezo. Resbaló la lengua por las encías. Se enderezó un tanto. Había tiempo de dormir un poquitín más.

Entornó de nuevo los ojos. Juntó las rodillas con el pecho. Quedó convertido en un número tres. Se agarró las mangas de la piyama (malditas piyamas siempre grandes para su diminuta estatura), y cuando ya se sumergía en un leve sopor, la realidad le golpeó el cerebro, bárbaramente.

Cierto. La tarde anterior estaba en su escritorio, todo cubierto de manchones de tinta y de sucios papeles. Hacía el eterno registro:

Nacimientos	18
Registro civil	24
Matrimonios	15
Testamentos	13
Suma total	86

Trazó con excelente caligrafía de empleado modelo las cifras bobas en la planilla de estadística. Se zafó las mangas de diagonal negro, lustrosas en los codos por el uso y la antigüedad. Guardó sus gafas «de cerca» en el estuche de cartón y se caló las gafas «de lejos». Preparábase para salir a la calle cuando el señor Jiménez, jefe de la oficina, muy enternecido, con una vocecilla amanerada y compleja comenzó a decirle:

—Don Salatiel, le tengo una mala noticia… Una mala noticia, don Sala, que había querido ocultarle hasta el momento, pero que ahora me veo precisado a comunicarle… Don Sala…

Pensó inmediatamente. Nueva deducción de sueldos. Cuestiones del déficit presupuestal. Ganaba $50 al mes. Según los cómputos, no podrían quitarle más de $5. ¡Bueno! Cinco pesos eran mucho dinero. Pero, ante lo inevitable, ¿qué vamos a hacer?

—Sí, don Sala, los tiempos están malos. El señor contralor ha resuelto hacer una completa reorganización de las oficinas. Hay que balancear el presupuesto. Las recaudaciones disminuyen. Yo –y ya verá usted que desempeño mi empleo perfectamente y que tengo grandes «palancas»– he sido degradado. Y a usted, don Sala, le darán, eso sí, ¡no faltaba más!, su mes de sueldo y algo de la caja de auxilios. Su empleo ha sido suprimido. El trabajo de usted lo haré yo, con el mismo sueldo. No fue posible conseguir que se le dejara a usted. Domínguez, Gutiérrez y yo intrigamos bastante. Con lo que le den en la caja, monte un negocito, don Sala. Pueda ser que le vaya bien. Esto de estar empleado, al fin de cuentas, es una miseria. Gastamos toda nuestra vida, para que después hagan con nosotros lo mismo que han hecho con usted. Don Sala, todos estamos a sus órdenes para lo que se le ofrezca y…

No aguantó más. Bien lo recordaba. ¿Humillarse ante el señor Jiménez, que siempre lo había mortificado con sus alusiones a sus viejos vestidos, a

sus remendadas camisas y escarraladas corbatas? Nada. ¡Moriríase de hambre! Él y su esposa y sus cuatro pequeños. ¡Pero nada diría!

Recogió las mangas de diagonal negro, las envolvió en un paquetito. Sacó de la gaveta de su escritorio algunos papeles particulares –dos libranzas y cuatro letras–, arregló el tintero, limpió las plumas, la de «la roja» y la de «la negra»; arrancó del calendario la hoja del día, San Juan Nepomuceno; saludó a Rodríguez, a Domínguez y a Gutiérrez. Compúsose las gafas y abandonó el local del registro. Llegó a la casa. Comió poco, desabrido de angustias. Relató a los pequeños algunas historias de hadas y duendecillos. Y a las 8 se recogió. Durmió como un santo. Tuvo varias pesadillas atroces. Vio cómo sus mangas de percal negro abofeteaban al señor Jiménez y a Domínguez y a Gutiérrez y al jefe de la oficina, y al señor contralor y al judío de la libranza. ¡Valientes golpes! De cada uno caían los follones, espantados, al suelo. Después tuvo calma. Percibió los ronquidos de su esposa, en la cama vecina, y las respiraciones inocentes de sus hijos. Y ahora, a las seis, se despertaba, olvidado de todo, obedeciendo a la rutina, y saltaba del lecho, y se calaba las pantuflas y se pasaba la lengua por las encías, ¡como si todo fuese lo mismo!

Meditó: «¿Hacer escenas? ¿Para qué?». Diríale su esposa la eterna verdad: «Eres un imbécil, un idiota. No conservas un empleo más de dos años. El esposo de Garcilasa hace 15 años que trabaja en la empresa de papel y ha ido ascendiendo hasta ganar ¡$150 al mes! Tomás, el marido de Engracia, hace 17 que trabaja en el Ministerio. Y le ofrecen una colocación mejor, que de seguro aceptará. Todos se hacen una carrera y ascienden y progresan. Sólo tú, viejo zorro, cada seis meses estás cesante. Pero, también, ¿cómo siendo tan bruto puedes mantenerte en un mismo puesto? Gracias a Dios que yo pongo la cara por ti, intrigo, hablo e intercedo con mi familia, si no, ¡nos hubiésemos muerto de hambre!».

Y los chiquitines lo mirarían abismados, pensando en sus bombones y en el colegio. Y Juan, el menor, chico estúpido, se pondría a llorar, y agarraría de las faldas a la madre, y todos llorarían después. ¡Y oirían el escándalo en la casa vecina y se regaría la noticia y lo sabría la dueña de la tienda y la empresaria de la lechería! ¡Vaya, por Dios!

En verdad, se metió entre sus pantuflas, muy pasito, sin hacer ruido. Fue al baño. Diose su ducha de agua clorada y fría. Vistió su eterno terno carmelita, deshilachado en las bocamangas, lustroso en las solapas, abombado en las rodillas. Se peinó los ralos cabellos con su desdentada

peinilla. Repasose otra vez las encías con la lengua gorda y áspera. Llegó al comedor, y para hacerse respetar, gritó:

—Eduviges, ¡el desayunoooo!

Acudió, somnolienta, su esposa. Lo miró con odio y con asco. Al cuarto de hora le trajo un tazón de chocolate con un pan de a centavo.

—A Josesito le hace falta un libro para el colegio. La sirvienta pide aumento de sueldo. Yo estoy desnuda, cubierta de chiros. No tengo ni sombrero ni zapatos. No puedo salir a la calle, ni hacer mercado. Y tú te levantas y gritas y nos despiertas a todos por el maldito desayuno. ¡Vaya el esposo considerado y el padre ejemplar! Antes que no te han botado, que cualquier día de éstos te quitan el puesto por molondro y bruto.

Y vociferaba. Y a cada palabra se le escapaba un sollozo. Y los senos flácidos por la maternidad le bailaban como dos grandes pelotas. Y la caja de dientes le zumbaba y quería salírsele de entre la boca. Resistió todo, sin una protesta, sin un solo ademán de queja. ¿Con qué derecho? Recogió su sombrero de pelo, le paso las mangas para alisarlo. Allá en el comedor, su esposa seguía insultándolo. Al salir, el sonido del timbre de la puerta lo volvió a la realidad y le despertó una llamita de rebeldía.

—¿Pero cómo –pensó– pude casarme con semejante cacatúa?

Una neblina viscosa cubría las calles. Los tranvías, solitarios, rascaban el silencio. Cuatro beatas de mandila caminaban, presurosas, a misa. Maquinalmente tomó las mismas calles de siempre. Llegó al edificio del Registro. El portero le miró con sorna. Dio media vuelta. Siguió por la carrera 7a. Llegó al parque. Se sentó en una banca y con la uña del pulgar derecho comenzó a dibujar garabatos, estropeando el barniz.

¡Qué largas las horas! ¡Eternos los minutos! Cuando había dañado una tabla entera del banco, sonaron las nueve. ¡Y a las 10 y 30 se salía de la oficina! Vagó por el parque. Fue al quiosco de las retretas y se imaginó varias cosas. Entretúvose en examinar las nuevas edificaciones. De pronto cincuenta pitos hirieron el espacio. Eran las 11. Paso a paso, encaminose a su hogar. Silenciosamente ingirió su ración de mazamorra y las tajadas de plátano frito. Durmió su siesta como siempre. Un tremendo vacío le mortificaba el cerebro. A la una, «se fue a la oficina». Llegó al parque. Cuatro desamparados, con las pupilas bobas, las bocas abiertas, las ropas arrugadas y sucias.

Eran como él, hombres sin empleo, desamparados, vagabundos forzados.

Subió a un montecillo cubierto de hierba fina y húmeda. Recordó a Domínguez, a Gutiérrez, a Rodríguez, al señor Jiménez. Imaginó sus mangas, organismos muertos. Sus mangas de percal, sin objeto, sin trabajo, sin empleo.

Se acostó boca abajo, contra la tierra. Recordó a los hijos, Josesito, Juanillo, Rafael y Jaime. Cuatro bocas inocentes tenían hambre. Imaginó a su esposa, en otros tiempos, y un estremecimiento de locura le cruzó las entrañas.

Acercose más a la tierra. Sudaba un vaho purificador, eterno, maternal. Metió el rostro entre la verdura y la yerba. Se le refrescó la memoria. Se cogió los dedos de la mano izquierda con la mano derecha y se entretuvo así varias horas. El sol, arriba, despachaba sus rayos. Por la avenida transitaban tranvías, automóviles, hombres y carros de basura. Como la pupila de Dios, brillaba en el cerro la torre de Monserrate.

Se pasó la lengua por las encías. Aquietó las manos. Se caló las «gafas de cerca». Maquinalmente hizo la cuenta:

Muertos	18
Nacimientos	14
Registro civil	13
Matrimonios	15
Testamentos	16

Comenzó a sumar. Al frente, sus mangas de percal danzaban una danza obscena. Allá arriba, el sol y Dios y los angelitos.

De nuevo metió la cabeza entre la yerba y quedamente, muy pasito, soltó cuatro grandes lagrimones, amargos, ácidos, gruesos. Quiso mirar hacia arriba. Todo estaba nublado.

¡Valiente cosa; tendría que calarse las gafas «de lejos»!

(*Crónicas*)



Relato del hombre que asesinó

La sangre va corriente, volteante, ¡oh vagabunda!… Y el hombre se está quedo. La sangre se pinta de su propio color; su acre sabor la vigoriza y exalta. Construye, a veces, la burbuja trágica de la fatídica locura. O prende en el corazón la candela celeste del amor. O se pasma en su propia alegría, gozándose en la vida, como en la ejecución de un delicioso oficio. O impulsa nuestra mano débil; y riega la cizaña envenenada del instinto; y enturbia la linfa clara de la discreción y de la inteligencia… La sangre es nuestra manejadora, nuestra aya, nuestra tutora, nuestra madre providente y nuestra madrina miserable. Porque, como veréis, ella, a la postre, manda; y en resumen, ordena. Y nadie que la tenga en su cuerpo podrá hurtarse al cumplimiento de su orden o la realización de su mandato.

* * *

Todo esto lo pensaba, con música, Vicente Rodríguez López. Porque es bueno, y amable, acaso, esto de pensar; de divagar, de ensoñar, en compañía de la música. Si Bach nos consuela… ¿por qué no podemos deleitarnos con Bach? El hombre estaba circuido de miserias y de ruindades. Pero su sangre (la sangre ordenadora) lo impulsaba a ser pulcro; a enaltecer su vida; a borrarle a lo circundante, a lo circunstante, a lo ambiente, su cariz de vulgaridad atroz y sandia. Encontró algunos elementos que coadyuvaban a la realización de tal empresa: música y libros, que, en ocasiones, un buen libro es una sinfonía maravillosa; y una sinfonía maravillosa resulta ser un excelente libro.

* * *

Todo esto nos sirve de preámbulo, de proemio, al relato del suceso de Vicente Rodríguez López. Suceso que pasó casi inadvertido en esta ciudad

nuestra, tan mentecata y tan soez, que más se ocupa de la muerte de un toro que de la vida de un hombre. Conviene saber que el señor Rodríguez López, preso hoy en la Cárcel Modelo, apunta a los 28 años de su edad; que es sujeto de pingües lecturas, de cultura o información musical bastante densa. Y que es dueño, además, de una curiosidad insostenible.

Porque a medida que con la ayuda de la lectura y de la música afinaba su alma y adornaba su cerebro, la sangre maleadora lo incitaba a encontrarse a sí propio; a ir, por las tabernas y los fondines, buscando su espejo en las mesas en que una sucia población de copas vacías se dejaba colmar de apestantes licores, para vaciarse sobre las bocas de los patanes y de los rateros y colmarse de nuevo, y de nuevo verter su contenido en las ávidas bocas.

* * *

Rodríguez López era un sujeto curioso, y en resumen, como todo curioso, no hacía más que ver. Ver (no mirar) a la vida que pasaba por su lado, varia, extraordinaria, siempre milagrosa y sabia siempre. En resumen, Rodríguez López supo hacer de su vida un oficio. Y como era un curioso, era, por ende, un empecinado e infatigable trabajador. Así, vivía cuanto más podía hacerlo; de la mañana a la noche; de la noche a la mañana. En el figón, en la taberna, con borrachos y melenudos, bohemios fabricadores de malos versos. Con poetas piedracielistas fabricadores de versos pésimos. Con esos melómanos petulantes que quieren establecer el monopolio del oído. Con muchachos equívocos y raterillos y políticos, a quienes el asco de la política avergüenza y quieren zafarse del asco asqueándose en cosas desconocidas. Y en fin, con los vagabundos y los perdularios. Con ellos ejerció su oficio de vivir el señor Rodríguez López, de una manera bien completa, por cierto.

* * *

Rodríguez López es un tipo de apariencia ínfima e intrascendental. Es magro, flaco, algo patojo y cegatón. La costumbre de trasnochar puso una pátina de palidez en su rostro. Tiene las manos finas; largos dedos. La voz no es amable ni armónica. Su charla es arrevesada. Prognato, en su aguda nariz cabalgan unos anteojos de lentes gruesas.

Se asoma, al caer la tarde, a los cafetines. En estos cafetines hay aparatos tocadiscos, que desfloran tangos, boleros y canciones. El ambiente es

fétido; cunde el humo, denso y apestante, haciendo figuras sensuales en el aire enrarecido. Cuando todo está oscuro, comienzan a aparecer los personajes de la noche. Llegan; toman asiento alrededor de la coja mesilla; beben unos vasos de cerveza. De pronto, alguno pregunta:

—¿Y esta noche?

Van a la bodega. A ese fondín tétrico de Las Cruces. Al barrio, al arrabal. Aquella noche del once de diciembre, Vicente Rodríguez López fue al Café Follies, establecimiento que funciona en la calle 11, vecindades de la Plaza Central de Mercado. Y a las tres de la madrugada, para amanecer el día doce de diciembre, dejó en prenda, en la caja del cafetín, una gabardina suya, para responder por la suma de treinta centavos.

Dos individuos baleantes (sic), que presenciaron la maniobra, reclamaron la prenda, luego, cancelando la acreencia. Este abuso desazonó a Rodríguez López, quien retornó al cafetín Follies, horas después, poseedor de un «guayabo pluscuamperfecto». Ocurrió, en resumen, que en la madrugada del día trece de diciembre, Rodríguez López sintió que un individuo pretendía robarle su reloj de pulsera; habíale ya requisado los bolsillos del saco. Rodríguez llevó al individuo hasta el antiguo Puente Uribe, cercanías de la vieja estación del ferrocarril de Oriente, y allí, sin más ni más, lo apuñaló, usando un agudo y filoso cortapapel. Aseguró la muerte de su víctima, estrangulándola, y después de ir a la plaza de Las Cruces, en donde libó algunas cervezas, llegó a la Bodega de San Diego, sitio famoso por el atentado contra el general Rafael Reyes (que tuvo su remate en los fusilamientos de Barrocolorado), y allí, con amigos suyos, prosiguió la fiesta muy campante y feliz.

* * *

Rodríguez López no ha hecho el relato de su vida a partir de la madrugada del asesinato hasta la noche del domingo 21 de febrero pasado. Este relato sería una novela estupenda, cuajada de humana angustia, de ansiedad, de tragedia y de locura. Don Vicente tenía, por los lados de Chapinero, un lujoso apartamento. Ocupaba su apartamento los altos de una casa en donde funcionó ha poco un conocido coreográfico. Allí, en el coreográfico, estaba la vida sucia que le causaba disgusto y molestia. Para aislarse de ella, su apartamento era discreto y cómodo. Una selecta biblioteca de cerca de mil volúmenes; una discoteca excelente, con las mejores producciones de los

grandes maestros interpretadas por las sinfónicas más renombradas. Pinturas, policromías, que reproducían cuadros famosos. Un ancho espacio donde los amigos podían departir ancha y libremente. En ocasiones, ya por la madrugada, cuando el vino y los excesos vencían a don Vicente, éste iba en solicitud de sus amigos dilectos y concurría al apartamento en que se aislaba. A los acordes románticos de la sinfonía inconclusa de Schubert, se apuraban frascos de ron o botellas de aguardiente. El intelectual más presuntuoso escogía, de los anaqueles, un buen volumen, y leía, en español, en francés, en inglés, un capítulo seleccionado. Pasaba al piano don Vicente e interpretaba una sonata de Beethoven. El poeta melenudo rompía en una improvisación. El poeta piedracielista publicaba, con el arbitrio emocionado de su voz, la última tergiversación de un soneto de Juan Ramón Jiménez. Se hacía el día; venía la luz de lleno sobre la redonda tierra; la luz del sol penetraba, por entre los visillos, a la estancia en que la penumbra fomentaba el ensueño, el discurrir, el divagar. Los amigos se tendían sobre los muebles mullidos. Cesaba la música. Las manos finas, de largos y doctos dedos, de don Vicente, se adormían sobre las teclas del piano. Y así se le daba término a la jornada, tras de cuya consumación, don Vicente, encantado de esa ejecución de la vida como oficio, se iba a los cafetines. Al Follies, al Buenos Aires, a esas tabernas absurdas de San Victorino, en busca y solicitud de emociones desconocidas.

¿Qué hizo, qué pensó don Vicente Rodríguez López en el curso de más de mes y medio, que mantuvo secreta la muerte que había hecho en la persona de Salvador Villamil, hombre oscuro y contertulio asiduo del Café Follies?

He aquí, amigos lectores, el reportaje más sensacional del año. Quien le logre arrancar a don Vicente el relato de esos días que digo, habrá conseguido un relato perfecto. Cuatro días antes de entregarse, Rodríguez López dio una de aquellas recepciones musicales en su «salón» de Chapinero. Tal vez fue esa la última vez en que tuvo contacto con sus amigos intelectuales y melómanos. La noche del domingo 21 de febrero, Rodríguez López, con otro grupo de amigos suyos (maleantes éstos), fomentó un grave escándalo en un expendio de licores. Fue conducido al juzgado permanente. Y allí, después de que el practicante de turno le hizo examen detenido y determinó que estaba en estado de primer grado de embriaguez, confesó, ante el juez permanente, su delito.

Relató cómo había matado a Salvador Villamil. Lo apuñaló salvajemente, primero. Luego lo estranguló. Se manchó de sangre las ropas. Se lavó las manos, no porque le fastidiara la sangre; sino porque conservaba entre las manos el olor peculiar de su víctima.

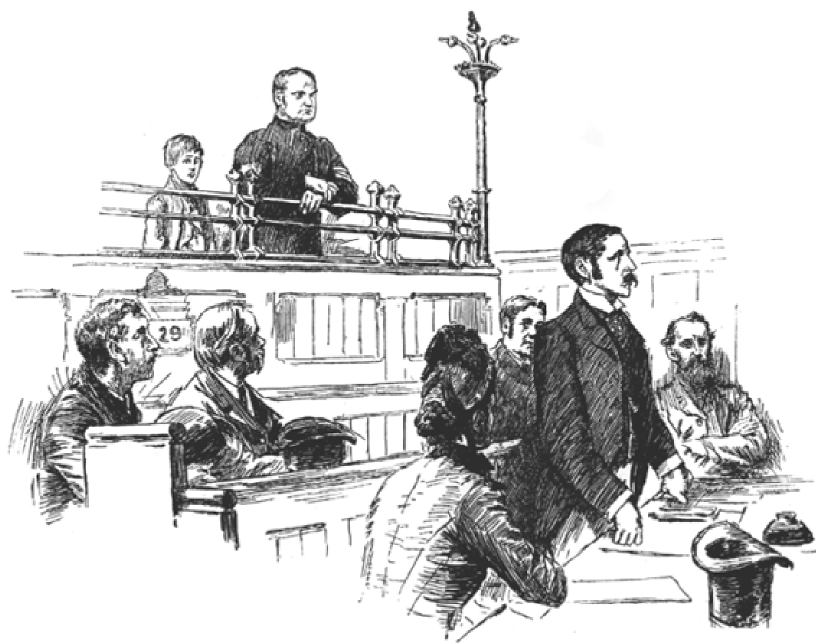
Entre tanto, sus amigos lo buscaban. El grupo de bohemios extrañaba a Rodríguez. Este don Vicente era hombre de conversación agradable; de ingenio discreto; de amable condición. Viajó por Europa durante algún tiempo. Se saturó de ambientes cultos y refinados. Leyó buenos libros, en hermosas ediciones. Oyó buena música. Departió con gente alucinada y loca. Hizo su ínsula ideal y se creyó salvo.

Empero, algo absurdo y poderoso, algo que iba en su sangre, lo llevó a donde menos quería ir. La noche del trece de diciembre quedó vencida la inteligencia, y relajada la discreción y alejado el refinamiento y rechazado el temperamento artístico.

La sangre, corriente, volteante, vagabunda, lo tomó de las manos. Le puso entre las manos un fino cortapapel de filosa punta acerada. Le puso en la lengua (mansa hasta entonces y sólo ejercitada en el relato y el comento de agradables cosas) poder de convicción. Y lo llevó, así, sin que pudiera librarse, al Puente Uribe; ¡y lo hizo dar muerte!

Y confesó. Y se puso a sollozar en un juzgado permanente.

(*El Tiempo*, marzo 3 de 1943.)


29

Edilberto Ávila, una víctima del pronombre «nos»

Hay en el presidio un hombre regordete, bajito, rosadito, buenecito, vestido de azul con el sombrerito siempre sobre la cabeza. Su silueta se sale de lo vulgar e infunde cierto interés. Pero va muy de prisa dando pequeños saltitos de enano, multiplicando el movimiento de sus extremidades en forma asombrosa. Es Edilberto Ávila, y hace 11 años que aquí reside.

Su voz, meticulosamente dulce, sus ojillos escondidos entre la gordiflona rubicundez de los párpados, sus manos de efebo, su piel limpia, aquella incomprensible ternura que imprime a sus labios modulando candorosas palabras, mientras el cuerpecillo obeso se le sacude en un énfasis rotundo, desconciertan y cautivan. Edilberto Ávila resiste sobre sus espalditas el peso de un horrible pecado. Condenado por los jueces, por la sociedad y por el público, nada indica que en una tan desaforada timidez como la suya pueda encerrarse el más leve motivo de culpa. El recuerdo de aquella causa sensacional perdura aún en los estrados judiciales. No hace mucho que el defensor del uxoricida afirmó que pediría la revisión total de la sentencia.

Vais a oír, de labios de Ávila, el relato de su crimen. «La noche del suceso, mi esposa, Belén Osorio, me pidió que la llevara al Salón Olympia, entonces el teatro más suntuoso de la ciudad, a la exhibición de la película *La caída de un trono*. Yo residía con mi esposa en una habitación del barrio Ricaurte, y ocupaba el cargo de secretario de la comisaría octava de policía.

»Cumplí los deseos de Belén. Fui con ella al cinema. No recuerdo mayores detalles de la película. Cuando terminó la exhibición, estaba lloviendo. Tomamos, mi esposa y yo, un tranvía que nos dejó en la esquina del hospital San José. De allí seguimos a pie hacia nuestra residencia. Al llegar a la esquina de la carrera 23 con calle 10, oímos varias detonaciones. Belén, asustada, me dijo: “Mijito, que nos van a matar”.

»Yo me alarmé. Era lo natural. Traté de amparar a mi esposa colocándome delante de ella. Pero el miedo me venció. Emprendí la fuga hacia mi casa, situada en la misma carrera 23 con calles 10 y 9. Éste fue mi pecado. Pocos minutos después oí otras detonaciones. Y vi cómo mi esposa, que me seguía corriendo, caía al suelo mortalmente herida.

»En aquellos tiempos no había construcciones en la cuadra. Venciendo mi pánico, regresé al sitio donde yacía Belén. La consolé. Traté de revivirla. Todo fue inútil. Estaba muerta. Reclinado sobre ella, llorando, me encontró el policial de servicio. El policial me insinuó que trasladáramos el cadáver a mi casa. Pero yo me opuse a esa insinuación. Conocía las disposiciones legales, y sabía muy bien que obedeciendo al policial cometía una falta, ya que era mi deber esperar la llegada de las autoridades competentes.

»El comisario de permanencia, señor Anzola Cáceres, inició la investigación. Aquella misma noche se me redujo a prisión.

»El agente de servicio en la calle 10 con carrera 23, al rendir su declaración, afirmó haber oído claramente la voz de mi esposa que decía: "Ay mijito, nos mataron". El doctor Daniel Bernal, entonces jefe de detectives, obligó al funcionario instructor a que prestara atención al pronombre "nos". Pero el comisario no hizo caso. Estaba empeñado en perderme para hacer carrera. Meses después, cuando se perfeccionaba la investigación, Anzola Cáceres llamó a declarar nuevamente al policial, quien ciertamente sobornado, negó la existencia del pronombre "nos" y afirmó que mi esposa había dicho: "¡Ay, mijito, me mataron!".

»Yo, por razones de mi cargo de secretario de la comisaría octava, fui amenazado de muerte, por los Arias, habitantes del barrio a quienes en ejercicio de mis funciones hube de imponer varias multas. Los Arias, ante testigos, juraron hacerme daño. El doctor Raúl Uribe, médico prestigioso, oyó las amenazas de los Arias y espontáneamente rindió sobre tal asunto declaración juramentada, con toda clase de detalles, agregando, además, que en la noche del suceso 25 metros arriba de mi residencia, vio a tres individuos, uno de los cuales tenía un revólver en la mano.

»El individuo abrió el revólver, lo cargó y le dijo a dos desconocidos que se encontraban cerca de él: "¡Apuremos porque se nos pasa!". Uribe comprendió que se trataba de alguna celada. Observó con mayor atención a los desconocidos y vio que los tres dirigíanse a "un paso de pasitrote", tales son sus palabras, hacia arriba, cruzaban la plaza España y se internaban en una taberna.

»A la mañana siguiente de la muerte de mi esposa, vi los relatos que la prensa daba del suceso, con base en las informaciones suministradas por el comisario Anzola. Sin citaciones ni apremios, rendí la respectiva declaración. Los Arias habían sido reducidos a prisión a raíz del crimen. El comisario Anzola los hizo sacar del calabozo. Los condujo a su despacho y los puso de presente al doctor Uribe, el médico de que hablo.

»—Aquí están estos individuos. Vea si los reconoce –dijo Anzola dirigiéndose a Uribe.

»Uribe puso su mano derecha sobre el hombro de uno de ellos. "Éste corresponde, en el rasgo fisonómico, estatura y vestido, al sujeto que dijo a sus compañeros: *Apuremos porque se nos pasa*", afirmó.

»El sujeto a quien señaló Uribe responde al nombre de Tomás Arias. Y Tomás Arias fue quien, en presencia de varias personas, profirió amenazas de muerte contra el secretario de la inspección del barrio, Edilberto Ávila.

»A pesar de esto, la declaración del doctor Uribe no se tuvo en cuenta. El funcionario instructor hizo carrera con mi desgracia. Se me presentó como villano asesino, ducho en todas las artimañas del derecho, conocedor profundo de los códigos, hábil investigador. "Ávila dio muerte a su mujer", afirmó el fiscal de la causa, "con el revólver en una mano y el código penal en la otra"».

Pero ¿qué? Modifícanse las facciones de Edilberto al hablar su crimen; modifícasele el suave color de las mejillas, que se tornan pálidas. Relampaguéanle las pupilas. Las infantiles manos rasgan el aire, la boca se contrae en gestos bravos. «¿Yo asesinar a mi esposa?», agrega.

«Cierto que tuve con ellas disgustos. Disgustitos de los que no faltan en ningún hogar. Ella me celaba. Me quería mucho y me celaba. Pero cuando la veía en trance de regañarme, sin decirle palabra, me salía de casa. Nunca la maltraté de obra. Fui un esposo, no digo modelo, pero sí bueno, bueno como todos los esposos comunes.

»La curiosidad del público encontró en la muerte de Belén Osorio un estupendo motivo de regocijo. Necesario era un crimen sensacional. ¿Que la muerte se debía a la asechanza de cuatro malhechores?

»¡No! ¡Esto era vulgar, terriblemente vulgar!

»Mejor que el marido, corrompido, cruel, sádico, monstruoso, había dado muerte, había asesinado, por la espalda, cobardemente, traicioneramente, a la esposa inocente y modelo de virtudes. ¡Esto sí ya era algo! ¡Así se podría saciar la terrible sed de escándalo! Y el funcionario no hizo otra cosa...

»Sobre mi reputación se levantó una columna de infamia. Se me achacaron los vicios más abominables. La familia de Belén, influida por toda aquella sarta de mentiras, de suspicacias, de calumnias, se puso en mi contra. Es lo natural que una madre a quien se le dice: "Este hombre ha asesinado a tu hija", lo odie, lo aborrezca y haga todo cuanto a su alcance esté para perderlo.

»Y aquí me tiene usted. Soy Edilberto Ávila. Mi nombre es la historia de una tremenda injusticia. Hace once años que aquí resido. Once años. No es mucho. Apenas tengo 38. Fáltanme 5, con las rebajas de ley, para cumplir mi sentencia. ¿Creéis que yo volveré a Bogotá? ¡Nunca!

»Aquí tengo amigos. Pasada la borrasca, las gentes que a diario me ven, que conmigo se tratan, comprenden que no soy ningún asesino. Heme hecho cargo del taller de encuadernación del presidio. Puede averiguar usted con el director de la cárcel sobre mi conducta. Soy un modelo de presidiarios. Con mi trabajo, la caja del establecimiento recibe cada mes una buena cantidad. Y cuando salga libre, revísese o no mi sentencia, que no me importa por la libertad sino por la reivindicación de mi nombre, haré un contrato con la dirección de prisiones, comprometiéndome a administrar el taller de encuadernación. Seguiré aquí en Tunja, donde nadie me hizo daño. Donde todos me estiman y todos comprenden mi tragedia».

Y en verdad que Edilberto Ávila es modelo de presidiarios. Ayuda con un celo infatigable a la mejor organización del penal. De él dependiera, habríase acabado la villanía del panóptico. Trabaja de seis a seis, muy aplicado en el taller de encuadernación. Él mismo recorre las oficinas públicas, las casas particulares, los colegios, las escuelas y los conventos en busca de obras que arreglar. No hay necesidad de guardianes. «Tardaré una hora», dice, y a la hora, precisamente, regresa.

Adjunta al local del taller de encuadernación, está la alcoba de Edilberto. Una piezucha apachurrada, fría, pero limpia. Duerme sobre una tarima hecha de adobe. Sobre la pared del centro hay un Cristo, cuyos brazos sangrantes parece que se recogieran en un ademán de clemencia.

(*Crónicas*)

JUAN ARANA TORROL, ENVIADO CELESTIAL

UNA VEZ ALEXIS KARAMAZOF se fue por el mundo. Mortificaba sus espaldas la pesadumbre del dolor universal. Sobre su corazón volcose la vida. Cansáronse sus ojos de admirar el cándido paisaje cotidiano. Pretendió con sus manos asir el infinito y apenas logró estrujar la flor hipócrita de las siete virtudes. Refugiose su voz en un hondo silencio interior que lo salpicaba de protestas. Su inquietud, péndulo loco, le asesinaba las diáfanas horas. Un estrafalario deseo de comprenderlo todo hízole pedacitos el cielo azul. Despavorido, echó a rodar la bola de su rebeldía y la siguió, en desolada carrera, por los tortuosos senderillos de su locura.

Devoraron sus piernas los paralelos de la tierra. En busca de Dios, llegó a los templos, visitó los presidios, asistió en los conventos y bajó a las cloacas. Izó el estandarte de su estupidez en el mástil de la luna. Apuró todos los vinos, en furibunda sed de borracheras nunca saciadas. En los brazos de las mujeres, dejó que como un chicuelo durmiese su inquietud. Pero despertaba y veía que la bola rodaba y rodaba. Y la seguía al norte, y la seguía al sur y al oriente y al occidente, y su hambre de infinito no encontraba satisfacción.

Así, tras de las gafas de notario, se ven las pupilas oscuras y profundas, sombrías en la contemplación de lejanos horizontes. La nariz, ancha y firme, parece otear el aire para enderezar la travesía. La boca pliégase en rictus de enfadado fastidio, máximo cansancio de todo. Dos grandes arrugas le estropean la faz. En la frente hay pequeños montículos severos. La cabeza, calva y lustrosa, parece una esferilla de cábala. Enjutas las carnes. El cuerpo recio de musculatura. Caminar mesurado y sin prisa. En tanto habla, las manos huesosas persignan el aire, lentamente.

* * *

Juan Arana Torrol tiene ya 63 años, que es mucho vivir de Karamazof. Aventurero, trashumante, poeta, médico, loco, idiota, presidiario, ladrón, estafador y fullero. Periodista, apóstol, enviado celestial, gentilhombre, pordiosero, vendedor de específicos, sirviente de hotel, dueño de fonda. Todo esto ha sido el extraño personaje que me encadena el espíritu con el suceso de su vida extraordinaria.

Nació en el Perú, de padres colombianos, en el mismísimo local de la legación nuestra en Lima. Pasó en aquella ciudad sus primeros años de juventud. Horas de placer y ventura. Salones elegantes de refinada aristocracia. Fin de un siglo romántico. Serenatas a la luz de la luna, versos y poemas a la amada. En un desafío mató a su rival en amores. Fue reducido a prisión. El frío del calabozo le reconcentró el magín. Meditó. Pensó largo. Huyó y encontró que la bola rodaba y se fue por el mundo.

* * *

Vino a Colombia, la patria de sus mayores. Disfrazado de aventurero, con la barba crecida como un rabino, fue a Antioquia, a Nariño, a la Costa. Vendió remedios, unturas y mágicos licores. Dictó conferencias populares sobre el peligro amarillo. Se disfrazó de loco y creyéronlo cuerdo. Fue cuerdo y lo llamaron loco. Pasó el mar y pasó muchos mares. Llegó a Norteamérica e intimó con Rubén Darío, quien agonizaba en Nueva York. Pagó de su dinero la alimentación del coloso. De su dinero puso cables e hizo propaganda para que lo auxiliasen. En recompensa, Rubén Darío le escribió un poema, en el cual lo llama su mejor amigo, su confidente, «lo único que me queda en el mundo».

Por las calles de Nueva York paseaba su estrafalaria humanidad e interrumpía el tránsito. Adquirió licencia de pordiosero y obligó a los magnates a que le regalasen sus viejos sobretodos. En un carrito cargó los sobretodos y se fue a los arrabales. Escogió la mejor prenda para su abrigo y repartió las otras a los desocupados y hambrientos.

Cuando llegó a la capitanía del puerto de Babilonia, en calidad de «turista y explorador», preguntáronle:

—¿Sabe usted leer y escribir?

—Escribir sé –respondió–; mas no leer.

Confundiéronse los funcionarios. ¿Trataríase de un loco?

—Escriba usted lo que sabe escribir, en este tablero –le ordenaron.

Arana Torrol tomó la tiza y dibujó unos signos horribles.

—¿Qué dice ahí? –preguntaron los funcionarios.

—¡He de saberlo yo! –repuso el hombre–. ¿No recuerdan que no sé leer?

Los funcionarios maldijeron y lo recluyeron en un manicomio de observación. Salió de allí a medir las calles.

* * *

Una vez llegó a Fredonia. Había curado con sus potingues al señor Jaramillo. Y agradecido el paciente, le regaló un caballo nuevo.

Arana Torrol tuvo necesidad de ir a otro pueblo. Utilizó su caballo. Pero era tal su prisa, que abusó de las espuelas. El caballo tenía la barriga destrozada.

En la feria lo vendió por trece pesos y se emborrachó con el dinero. Cuando estaba en la tienda, llamáronlo de la alcaldía. Alguien habíalo denunciado por robo del caballo. No quiso presentar pruebas y entró a la cárcel. Durmió en un calabozo, en compañía de cuatro rematados asesinos.

—¿Quiénes son ustedes? –preguntó.

Por toda contestación recibió cuatro bofetadas y doscientas amenazas de muerte. Arana resolvió salvar a los cuatro asesinos. Negose a abandonar la cárcel y a interponer cualquier recurso en su favor. Hizo que le llevasen dinero al calabozo. Corrompió a los guardianes. Y después de tres meses de labor, huyó con los cuatro asesinos.

Más tarde encontrose con uno de ellos. El Mocho Marín, en Amalfi. En cuanto lo reconoció, se le fue encima y le dio de puntapiés.

En Sevillano se vistió de rojo, y en plena plaza pública, día de mercado, comenzó a decir que él era el diablo e iba a llevárselos a todos al infierno. Intervino la policía y lo metieron al cepo. Duró allí tres días. Ya libre, saliose nuevamente a la plaza y dijo que era un enviado celestial. Las gentes creyeron sus palabras. Hablóles de que Dios no tenía barbas ni era blanco, sino mulato y boga como ellos. Díjoles que la Virgen comía bollo de yuca y bollo limpio y bailaba cumbiamba con San José. Jesucristo estaba muy ocupado. No tenía tiempo de visitarlos, pero lo mandaba a él, Juan Arana Torrol, superhombre, a reconciliarlos con la eternidad.

Como en el cielo hacía calor, los angelitos sudaban. Y del sudor de los angelitos, Arana Torrol fabricó su pomada «Lolita», para el dolor de espaldas, de cabeza y de cintura. Los negros se embadurnaban de pomada

«Lolita» y se ponían a rezar. Y se curaban de sus males. Y la fama del enviado celestial iba creciendo.

Llegó a Barranquilla. Estableciose en una de las calles más centrales. Se interrumpía el tránsito de las chivas y de los peatones. Cuatrocientos hombres hacían cola para adquirir el menjurje. Los billetes formaban cerros. Sanó a un ciego, a un paralítico y a un mudo. Pero los médicos de verdad le tuvieron celos, vieron cómo toda la clientela los abandonaba. Y le hicieron la guerra al enviado celestial. Y el Enviado se fue a Cuba, donde lo coronaron Rey de los Bohemios y le pusieron en la cabeza una diadema de hojalata dorada.

* * *

Arana Torrol es autor de 9.999 sonetos, 68 poemas épicos, 1.700 calambures y 31 odas a la naturaleza. Tiene escritos, todos en verso, 40 libros, en los cuales narra la historia de su vida. Cuatro veces quiso suicidarse. Ingirió una dosis de arsénico que no le causó efecto. Luego se partió, él mismo, la columna vertebral. Después intentó hacerse el harakiri, pero se desmayó viendo la sangre que de su vientre brotaba. Se arrojó al paso de un tren. Y el tren no pasó por la carrilera donde se acostara el enviado, sino que tomó otra vía.

* * *

El poeta Abel Fariña le dedicó uno de sus mejores poemas. Pretendió conocer a Díaz Mirón, pero llegó a México cuando el gran portalira había fallecido. Se adelantó en 20 años al descubrimiento de las más modernas teorías sobre el cáncer.

Una vez en Bogotá, propuso al presidente Concha un contrato para curar a todos los leprosos de Agua de Dios:

—¿Y cuál es su plan? –preguntóle el presidente.

—En la lepra hay cuatro enfermedades auxiliares –respondió el enviado–; a saber: piojitis, hambritis, desamparitis y mugritis. Yo me comprometo a curar estos males accesorios. Luego la lepra se curará ella sola.

La propuesta de Arana Torrol no fue aceptada.

El doctor Ismael Enrique Arciniegas, amante de los buenos versos, publicó, cuando dirigía *El Nuevo Tiempo*, dos sonetos de Arana Torrol.

Arana guardó silencio. No dijo nada. Pero en una ocasión, necesitado de dinero, fue a *El Nuevo Tiempo* y cobró sus sonetos.

Encaróse con el maestro Arciniegas.

—Sin mi permiso ha publicado usted mis versos –afirmó–, y yo los cobro a razón de $25.00 cada uno.

—Es una estafa lo que usted quiere hacerme –respondió el autor de los paliques–. Agradezca, ante todo, que le haya publicado sus producciones, y váyase.

Ocho días permaneció Arana Torrol en la puerta de *El Nuevo Tiempo*. Nada decía, pero no abandonaba su puesto. Desesperado, el maestro Arciniegas le hizo pagar los $50.00, con la promesa de no publicarle más sonetos en toda su vida.

* * *

El enviado contrajo matrimonio y hubo hijos. Trajinado por los años, por el cansancio y el fastidio, se estableció definitivamente en Barranquilla. Compró, con el producto de la pomada «Lolita», una casa de campo. Vive allí con su esposa, sus hijos, tres gatos, cuatro perros, 30 pájaros y un cocodrilo amaestrado. De cuando en vez convida a sus amigos a grandes francachelas. Abunda el sancocho, el licor y la alegría.

Pero el destino se ha vengado de él. Quiso cambiarlo y, a las diez de última, lo ha vencido. Tanto persiguió el enviado la bolita de Karamazof que rodaba por los caminos en busca de Dios, siguiola tanto, que la bolita se le ha metido en el cuerpo.

Y ahora llega a Bogotá, enfermo, anciano, triste, a curarse su mal. La bolita se le metió en el cuerpo. Un tumor fibroso en el cogote no lo deja hacer aspavientos ni representar la figura del loco del «Poema de la vida», su mejor obra literaria.

Pequeño fibroma, pequeña protuberancia, que contiene todas sus inquietudes, sus estrafalarias acciones, su dolor, su travesura, su displicente concepción de lo creado y su añorante imagen de lo eterno.

Por las calles le veréis, de cachucha y botas altas, con enormes gafas sobre la nariz, vestido de explorador, y una bufanda en el pescuezo, para disimular la bolita.

Si se cura, harase tomar una fotografía desnudo hollando la faz de la muerte para conservarla entre sus recortes, y compondrá su soneto número

10.000. Si no cura, pues se irá por el aire, y llegará al cielo, y dará excusas a Dios por haberle negado las barbas por decir que era mulato y bailaba rumba. ¡Y buena la tendrá con los angelitos, de cuya manteca, en verano, fabricó la pomada «Lolita», para el dolor de espaldas, de cabeza y de cintura!

(*El Tiempo*, abril 27 de 1935.)

VULGAR Y SENTIMENTAL HISTORIA DE LA HAMPONA BÁRBARA JIMÉNEZ

CUANDO BÁRBARA JIMÉNEZ LLEGÓ A BOGOTÁ tenía 16 años. Tenía un *sex-appeal* desconcertante. Un par de ojos negros, un par de labios rojos, y otros encantos, así, pareados. Bárbara vino de un pueblecillo tolimense, de cálido clima, en que las flores del café regalaban la atmósfera con su perfume vegetal, y el paludismo pintaba de amarillo los rostros sonrientes de las mozas. En el pueblo había 156 cotudas ancianas, 145 cotudas jóvenes y 67 mujeres en estado de ser cotudas. Se fumaba tabaco (calillas). Se bailaba la guabina y el bambuco. En las fiestas de San Pedro, los trajes de holán trazaban circunferencias de amor y azotaban el aire caliente. En las fiestas de San Pablo se tomaba guarapo. Había un cura, socarrón y dadivoso. Había cuatro ricos. Tres señoritos, y cinco señoritas. Y Bárbara Jiménez, que era la chica más pispa del pueblo.

De los cafetales, de la entraña misma de la tierra, respiraba un aliento maleante y pervertido. Bárbara se tragó una vez este aliento. Y cometió un pecado. Sin honra, todas las mujeres cotudas la maldijeron. Su madre era cotuda. Y entonces vino a la ciudad.

La ciudad –¡oh!, ciudad de leyenda– tenía frío. Era una ciudad patética, antipática, cobarde e hipócrita. Sus calles principales mostraban unas venas de acero, sobre las cuales se resbalaban unos aparatos ruidosos. Las gentes vestían abrigadas ropas de lana. Bárbara traía su trajecillo de holán vaporoso sobre cuya superficie las donosas formas de su cuerpo dibujaban cariciosos signos de sensualidad.

Como todas ellas –las del mundo, las «del siglo», las del pecado y la miseria–, fue a la plaza de mercados. En la plaza se relacionó con un truhán ratero. Se compró un pañolón colorado. Aprendió a usar polvos y colorete, para taparse la epidermis palúdica. Usó calzados. Se perfumó de agua de

colonia y de flores del campo. Después fue mesera de un café elegante. Luego, chica de *dancing*, *taxi girl* y, por último, mimada de un hombre rico.

Las sucesivas mudanzas de su fortuna le dieron un modo de ser especial y triste. En la cloaca o en el palacio, se sentía intrusa y descentrada. Otra era la vida que perseguía. Distintos sus anhelos. Otros los deseos de su alma. Esta inquietud mortificante, la condujo al abuso del alcohol. Bebía porque sí, y ya borracha, daba gritos, saltaba, aullaba, lloraba y gemía. Insultaba a sus amigos y maldecía al buen Dios. Buscaba entre las copas de licor un lago, un mar, un río, un pozo para navegar. Tenía aquella inquietud marina de las mujeres de tierra firme. Se imaginaba atravesando océanos nefandos y coléricos mares, en cayucos, en barcos, en goletas, sola, desafiante y arisca. Y entre más la fruncía el interior este deseo de la fuga, más quieta estaba, más silenciosa. Era una bárbara y le caía muy bien el nombre. Fue despedida del *dancing*. Perdió la amistad del hombre rico y llegó a la calle tercera.

* * *

En esta callejuela tortuosa, que empañaba de vicio la amenidad de un barrio típicamente arrabalero, Bárbara se colocó en la casa de la señorita Ismenia, una mujer bajita, gordita y amable, en estado de «retiro». Sus compañeras eran Fifí, Lucy y Celina. Fifí tenía 17 años y era boyacense; Lucy tenía 26 años, la mayor de la casa, y era zipaquireña. Celina tenía 14 años. Era una niña, enferma, reventada, desvergonzada y espantosa.

A las seis de la tarde salían de sus habitaciones, envueltas en kimonas y *negligés*. Las cabelleras desgreñadas. Pálidos los rostros. Todas embadurnadas de pecado. Desayunaban con un pocillo de chocolate y huevos pericos, y comenzaban a arreglarse. Se pintaban los labios y las mejillas. Se tocaban de polvos de arroz. Se friccionaban con agua de colonia. Y se vestían los trajes de seda, rojos, azules, violetas y color de naranja, de grandes colas, ceñidos y casi transparentes.

Silenciosas, salían a la puerta o se asomaban a la ventana. Con anterioridad, desfilaban ante la señorita Ismenia, que las examinaba minuciosamente.

* * *

—Súbete la falda tres centímetros más –le decía a Celina.

—Arréglate la ojera del ojo derecho –le decía a Fifí.

—Pequeña, ¿no te parece que quedarías mejor peinada así? –le decía a Bárbara.

—Si te desvías el lápiz a la izquierda, te verás menos «jetona» –le decía a Lucy.

* * *

Las cuatro obedecían las órdenes de doña Ismenia. Y salían a la puerta y se asomaban a la ventana. Al iniciarse la oscuridad, comenzaba el desfile de la clientela. Venía la soldadesca, vestida de fiesta, borracha y patana. Filas de soldados de caballería e infantería, que satisfacían sus instintos atendiendo a las voces de mando de los sargentos. Parejas de vagos y rateros y asesinos. Cundía la noche. Las victrolas sonaban tangos, cumbiambas y rumbas. La voz de las mujeres se hacía opaca, entre el tufo del aguardiente y de los cigarrillos baratos. Había bofetadas, maldiciones, blasfemias y palabras de amor. Había voces de madre, de niños, de huérfanos, de esposas y de amantes. Todas estas voces formaban la voz de la calle, cuyo eco se perdía entre la desoladora oscuridad.

La madrugada las sorprendía siempre en el tráfico de las caricias. La entrega se repetía una y cien veces. Eran las máquinas que fabricaban el módico placer. Eran las cloacas que desaguaban la infección social. Las perdidas, las malas mujeres, que se dejaban vivir en la pocilga hastiadas de buscar una vida que nunca encontraron.

* * *

Entre los clientes más asiduos de la casa de doña Ismenia, estaba Mediabola. Mediabola ya era elegante y rico, y petulante, y presuntuoso, y respetado. Entraba al salón marcando fuertemente los pasos, seguido de sus acólitos, desafiante la mirada, tieso él ademán, bronca la voz y el respirar.

Las mujeres lo veían ir hacia ellas con miedo y con deseo. La que lo esquivara estaba perdida. Mediabola las abofeteaba. Y al abofetearlas, producía una risa atroz, una carcajada diabólica que helaba la sangre.

Bárbara Jiménez lo conoció una madrugada. Lo vio venir con sus aires de matón y asesino y no tuvo miedo. El ratero la abofeteó y Bárbara le estrelló una botella en la cabeza. Hubo tumulto, escándalo. Los acólitos rompieron el aire con sus facas. La señora Ismenia, babosa y suplicante, pidió perdón.

El ratero atisbó a Bárbara. Le examinó el cuerpo. La encerró en el ángulo de sus miradas y sonrió levemente.

—No le hagas nada, que está borracha –dijo. Y le tiró a la cara un billete de cinco pesos.

De este punto en adelante, cuando Mediabola iba a la casa de doña Ismenia, se dedicaba a cortejar a Bárbara. Sus compañeras ya le tenían envidia. El ratero le compró un traje de raso con flores moradas. Le regaló un reloj de pulsera. Le obsequió un pote de perfume «del fino» y un par de medias de seda.

Se la pasaba, ante la extrañeza y la estupefacción de sus compinches y de las mujeres de la casa, contemplando a la *califa*. Mirándola a los ojos, con timidez y con ternura; ofreciéndole tragos de oporto. Bárbara lo desairaba y lo despreciaba. Y una vez, finalmente, en una borrachera, decidió ser su novia. Abandonó la casa de la señora Ismenia, compró varios vestidos y se fue con Mediabola.

* * *

A los dos los unía un mismo sentimiento de odio. Odio a la luz, a la luna, a los pajarillos y a las bombillas eléctricas. Odio a Dios, a los hombres y a los policiales. Odio a las gentes elegantes que vivían bien sin martirizarse y sin robar. Odio al gobierno que «tenía la plata». Odio a los aparatos de radio y al paisaje. Su amor era un odio ampliamente comprensivo. Era el ejercicio de una férrea voluntad de venganza. La realización de una desastrosa idea de exterminio.

Se instalaron en una habitación del Paseo Bolívar, barrio de San Luis; edificación moderna y bien pintada que tenía sala, dos alcobas, cocina de estufa y lavabos con grifos. Compraron, honradamente, un mobiliario que les costó ochenta pesos. Contrataron a una vieja ladina y fea, para los servicios domésticos y el cuidado de la casa, y comenzaron a organizarse.

* * *

Solemnemente se hizo la presentación de Bárbara en la «pandilla». Su condición de esposa cuasilegítima del jefe le dio autoridad y prestigio. Su inteligencia natural, su picardía y su perspicacia, le granjearon prontamente el aprecio y la estimación de sus compañeros.

Por aquel tiempo, el «negocio» iba mal. Comenzaron las «batidas». La epidemia de atracos puso alerta a la policía. Había semanas en que apenas se recogía lo indispensable para la subsistencia. Escaseaban las fiestas. No había para ir «al cine» ni para pagar el arrendamiento.

Bárbara meditó un nuevo expediente y fundó la asociación de las «criadas rateras».

Ella misma, con su pañoloncito, sus alpargatas blancas, su aspecto cándido de provinciana y sus modales humildes, recorrió las tiendas en busca de «colocación». Se «colocó» en la casa de una familia distinguida y rica. Qué primor de eficiencia, aseo y diligencia de la «criada de adentro».

No perdió el tiempo, y en quince días hizo un minucioso inventario de los objetos más ricos de la casa. Un domingo, cuando ya ganada la confianza de sus amos, estos se fueron de visita, llevándose a los niños, desconcertados ante la negativa de la criada de aceptar el permiso de «salida», llamó a su amante, le entregó las joyas, la vajilla de plata, los cuadros y los tapices y abandonó el empleo.

En el curso de dos meses robó más de 8 casas, obteniendo un botín cuantiosísimo. La policía entonces estrechó la vigilancia. Bárbara estuvo en grave peligro de ser capturada. Huyó al refugio del Paseo Bolívar. Vivió su luna de miel con Mediabola, que la quería más que nunca, asombrado de su habilidad y su talento.

* * *

Yendo de paseo con su amante, una vez, por el Parque Nacional, notó que una mujer miraba a Mediabola insistentemente. Bárbara no hizo nada. Se fijó bien en «la otra». Dos días después, la «otra» tenía la cara cortada, desde la oreja hasta la barbilla.

Hasta la barbilla, y hasta el corazón si pudiera. Bárbara es el centro, el alma y la inteligencia de la banda. Ella espía, se informa y ordena. Ella hace los planes y los otros dan el «golpe». Y ella, a su arbitrio, reparte la ganancia, reservándose una buena porción del botín. Ha declarado que, en cuanto tenga cinco mil pesos, se retirará, con su amante, si éste la sigue, y comprará en el campo una casa, para criar gallinas y cultivar una huerta.

Todas estas mujeres del hampa trabajan y luchan para criar gallinas.

(*El Tiempo*, marzo 4 de 1936.)